

La mesa del Señor

Autor: R. Brockhaus

En cierto sentido, la «cena del Señor» y la «mesa del Señor» expresan la misma idea; en otro sentido, reflejan un concepto totalmente distinto. A la primera se une la responsabilidad personal e individual; la segunda evoca una responsabilidad colectiva, la cual, naturalmente, recae sobre cada miembro de la colectividad, en la medida del conocimiento que tiene de la verdad. Lo que importa aquí es la autoridad del Señor y sus derechos sobre su Mesa y su Asamblea. De allí proviene la diferencia fundamental y esencial que caracteriza la enseñanza del apóstol en los capítulos 10 y 11 de la primera epístola a los Corintios.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
La cena del Señor	4
La mesa del Señor	6
La realidad presente	8
Volver a “lo que era desde el principio”	10
¡“Retén firme lo que tienes”!	12

Introducción

“ Por lo cual cuidaré siempre de recordaros estas cosas, aunque las conocéis, y estáis confirmados en la presente verdad. Y lo tengo por justo, mientras yo esté en esa frágil tienda, estimularos por medio de recuerdos... Y también haré lo posible para que podáis en todo tiempo, después de mi partida, conservar memoria de estas cosas (2 Pedro 1:12-13, 15).

Estas hermosas palabras del apóstol Pedro –pastor y sobreveedor fiel del rebaño de Cristo– me alientan para presentar algunas consideraciones en cuanto a la mesa del Señor. Son el resumen de una correspondencia que entablé hace algún tiempo y cuyo propósito era recordar a todos –una vez más– los principios sencillos y positivos de la Palabra de Dios, tocante a la celebración de la cena del Señor, acerca de la reunión de los creyentes “fuera del campamento”, hacia el nombre de Jesús, y las verdades relativas a la mesa del Señor. Si en los albores de la Iglesia cristiana era necesario recordar estas cosas, cuánto más lo será en estos tiempos caracterizados por la indiferencia y la apostasía.

¡Quiera Dios que este breve estudio sea para bendición de Sus amados; que sirva de aliento a los ancianos y afirme a los jóvenes en la verdad!

Hoy día se oye y hasta se lee entre los creyentes afirmaciones contrarias a la Palabra de Dios. Son cosas de suma gravedad, pues semejantes opiniones hacen abandonar –tarde o temprano– los principios dados por Dios. Unos enseñan, por ejemplo, que la mesa del Señor fue establecida para la totalidad de la Iglesia, y que ninguna congregación de creyentes puede reclamarla para sí, a exclusión de las demás. Otros han dicho: «Si una asamblea o congregación de creyentes mantiene principios condenados por la Palabra de Dios, o si se comete una injusticia y, **lejos de someterse a Dios, no quiere arrepentirse y separarse de la iniquidad o injusticia**, no pretendemos que, por eso, no tenga la presencia del Señor o la mesa del Señor».

Estas declaraciones están, lo repito, en flagrante contradicción con lo que la Palabra nos enseña. Examinemos, pues, lo que Dios dice al respecto, y cuáles son sus pensamientos acerca de la cena del Señor.

Cuando Jesucristo la instituyó, aún no era cuestión de la Asamblea o Iglesia como tal. Esta fue formada con el descenso del Espíritu Santo siete semanas más tarde.

La cena del Señor

“ Porque yo recibí del Señor lo que también os entregué: que el Señor Jesús, la misma noche en que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed. Esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido. Haced esto en memoria de mí. Y de la misma manera tomó la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto, cuantas veces la bebiereis, en memoria de mí. Porque cuantas veces comiereis este pan y bebiereis esta copa, proclamáis la muerte del Señor hasta que él venga (1 Corintios 11:23-26).

He aquí la verdad con toda su sencillez. Antes de subir a su Padre, el Señor instituyó –como recuerdo para los suyos (Juan 13:1), durante su ausencia– **una comida en su memoria**. Aún no había sido revelado el pensamiento de su cuerpo espiritual ni de la unidad del mismo. En “el pan” y en “la copa” tenemos representado al Señor **crucificado**. Estos dos símbolos nos recuerdan su caridad y amor hasta la muerte. Por lo tanto, cada vez que comemos el pan y bebemos la copa, **anunciamos la muerte del Señor hasta que él venga**. Esta verdad se nos presenta en los evangelios y en 1 Corintios, capítulo 11. También es cierto que Cristo murió “para que juntase **en uno** a los hijos de Dios que estaban dispersos”; pero este aspecto de la verdad no se halla en los pasajes citados.

La cena del Señor pertenece a **todos los creyentes**, no tanto como miembros del cuerpo de Cristo (aunque lo son realmente y su unidad se expresa al celebrar la cena), sino como **rescatados** al precio del cuerpo y de la sangre del Señor. Por eso entra en inmediata consideración la responsabilidad individual. Somos llamados a celebrar la cena del Señor con amor y gratitud, en su memoria, en forma digna de él y de su muerte. Se dice con razón que muchos creyentes, pertenecientes a las diversas iglesias y denominaciones, participan de esta comida quizá con más fervor y, por consiguiente, con más bendición que muchos de sus hermanos instruidos en las verdades referentes a la unidad del cuerpo de Cristo. Una participación digna del Señor, depende, sobre todo, de la **disposición del corazón y de la conciencia**. Cada uno es responsable de la manera en que toma parte en esa comida. “El que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí mismo”, pues es «**reo respecto del cuerpo y de la sangre del Señor**».

Tratándose de la cena del Señor, es necesario considerar la disposición y el estado del alma de los participantes. Por eso leemos: **“Examínese a sí mismo cada uno”** (para saber si está en condición de participar de este acto santo y solemne) **“y así coma”**. Esto era lo que los corintios habían olvidado; comieron y bebieron indignamente, y ni siquiera advirtieron el mal que estaba en medio de ellos. Por ello Dios los castigó severamente.

La cristiandad, en general, olvidó pronto el significado de la cena del Señor. De esta se ha hecho un sacramento, un medio de gracia, como lo llaman; la toman para recibir el perdón de los pecados, para fortalecerse en la fe, etc., conservando más o menos el pensamiento fundamental de que en el pan y en la copa tenemos representado al Salvador crucificado. La cena del Señor sigue, pues, celebrándose en casi todas las denominaciones o congregaciones cristianas. El Señor considera y juzga (o juzgará un día) a **cada uno** que participe en la cena del Señor, si lo hace con un corazón limpio o si participa indignamente.

La mesa del Señor

“

Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría. Como a sabios os lo digo; juzgad de lo que digo. La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque habiendo un solo pan, nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo; porque todos participamos de aquel pan, que es uno solo. Mirad a Israel, al que lo es según la carne. ¿Acaso los que comen de los sacrificios, no tienen comunión con el altar?

(1 Corintios 10:14-18)

Si consideramos esta cena bajo otro punto de vista, el de la «mesa del Señor», se nos presenta un cuadro muy distinto. En cierto sentido, la «cena del Señor» y la «mesa del Señor» expresan la misma idea; en otro sentido, reflejan un concepto totalmente distinto. A la primera se une la responsabilidad personal e individual; la segunda evoca una responsabilidad colectiva, la cual, naturalmente, recae sobre cada miembro de la colectividad, en la medida del conocimiento que tiene de la verdad. Lo que importa aquí es la autoridad del Señor y sus derechos sobre su **Mesa y su Asamblea**. De allí proviene la diferencia fundamental y esencial que caracteriza la enseñanza del apóstol en los capítulos 10 y 11 de la primera epístola a los Corintios. En el capítulo 10 de dicha epístola, tan pronto como el apóstol asocia la «cena» con la «mesa del Señor», habla de **comunión** y de la imposibilidad de **mezclar o vincular esta comida con la impureza**. En vez de la siguiente exhortación: “Examínese a sí mismo cada uno”, leemos: “Habiendo **un solo pan...** siendo **muchos**, somos **un solo** cuerpo; porque **todos** participamos de aquel pan, que es uno solo”; y aún: “No quiero que **tengáis** comunión con los demonios”; “no **podéis** beber...”; “no **podéis** participar...”. Esta enseñanza va dirigida a la colectividad, a la Asamblea como tal.

Añado algunas observaciones a modo de explicación: como es sabido, hasta el capítulo 10 de la primera epístola a los Corintios, el apóstol considera la Asamblea como la “casa de Dios”; en los versículos 16 y 17 por primera vez habla del **cuerpo** de Cristo y de la comunión de su cuerpo; y eso, en relación con la Cena. Es el primer y único texto en el Nuevo Testamento donde encontramos esta expresión: “la mesa del Señor” (v. 21). Dicho término tiene un significado profundo. Aquí, el apóstol no considera en la Cena el memorial, sino la expresión de la **comunión** de los santos con el Señor y entre ellos mismos. Por lo cual compara, por una parte, la mesa del Señor con el altar judaico (Malaquías 1:12) y, por otra, la opone al altar pagano, a la mesa de los de-

monios. Los dos altares, tanto el judaico como el pagano, estaban estrechamente vinculados con los sacrificios ofrecidos sobre estos. Y quienes comían del uno o del otro manifestaban su comunión, sea con el altar de Jehová, sea con el de los demonios.

Lo mismo sucede con la mesa del Señor, la cual también podríamos llamar el altar cristiano. Quien come el pan testimonia con ello que forma parte del único cuerpo de Cristo, en virtud de la obra expiatoria llevada a cabo en la cruz (fíjese bien que en el versículo 16 se menciona la sangre en primer lugar). El apóstol Pablo no habla, en esta porción, de anunciar la muerte del Señor, sino de representar o de **expresar públicamente la unidad del cuerpo de Cristo**. Pues bien, no hay otra manera de hacerlo. En el primer caso, se trata de un acto: comemos y bebemos; en el segundo, de un principio: la **base** sobre la cual se verifica el acto. “El pan que partimos, ¿no es la **comunión del cuerpo** de Cristo?”. Al comer de “un solo pan”, declaramos que todos somos el cuerpo espiritual de Cristo sobre la tierra. Según la enseñanza que nos fue dada más tarde por el Espíritu Santo, resulta imposible pensar en el pan, como cuerpo de Cristo, sin pensar asimismo en la Asamblea que es su cuerpo. Eso nos hace comprender la seriedad con la cual el apóstol advierte a los santos contra cualquier alianza entre la mesa del Señor y la mesa de los demonios. Este peligro ya no existe prácticamente para nosotros; sin embargo, ha dado paso a otro: el de asociarnos a principios que minan la unidad del cuerpo, que desconocen o incluso niegan la autoridad que solo el Señor tiene derecho de ejercer sobre su Mesa.

La realidad presente

La verdad de la unidad del cuerpo y la de la presencia de Cristo en medio de la Asamblea, prometida a los dos o tres **“reunidos en mi Nombre”** (Mateo 18:20), son prácticamente desconocidas o abandonadas en los diversos sistemas o denominaciones religiosas que están en el terreno de independencia.

Ignoran la unidad del cuerpo de Cristo simbolizada por un solo pan; o aun conociéndola, no la llevan a la práctica. En esas condiciones, no se puede decir que la «mesa del Señor» se halla en medio de dichos cristianos. Celebran la cena del Señor, y quizás algunos participan de ella con más seriedad que otros cristianos que profesan hallarse en el terreno de la unidad del Cuerpo. Pero no manifiestan la verdad encerrada en la expresión «mesa del Señor», sino que, por su posición de independencia, la niegan. Si entre ellos estuviese la mesa del Señor y **Su presencia**, según Mateo 18:20, sería el santo deber de todo hijo de Dios reunirse con ellos, alrededor del Señor, quien estaría presente. Quedar separados, en dichas condiciones, no sería nada menos que provocar un flagrante cisma.

Se puede decir, pues, que una reunión de creyentes no tiene en medio suyo la presencia del Señor y su Mesa, cuando mantienen principios contrarios a las Escrituras; cuando abiertamente hacen lo que es malo y rehúsan apartarse de la iniquidad. Es asociar el santo nombre del Señor con la iniquidad. ¿Por qué erigió Moisés la tienda del Testimonio “fuera del campamento”? (véase Éxodo 33:1-11). ¿Por qué era precisamente **allí** donde Dios se encontraba con él? Si a nosotros, sus siervos, Dios nos exhorta a separarnos de toda iniquidad, ¿cómo puede **Él** mismo estar asociado a un sistema donde los fieles **rehúsan** arrepentirse y apartarse de la iniquidad?

En el caso de la asamblea en Corinto vemos que la presencia del Señor y su Mesa pueden hallarse aun allí donde hay injusticias y existe el mal. Cuando el mal se descubre en una asamblea, no debemos de entrada separarnos de ella, sino tomar posición contra este mal para que pueda ser quitado. Pero, ¿qué haremos si una asamblea se niega a purificarse? ¿Qué habría sucedido si la asamblea en Corinto no se **hubiese querido** purificarse de un mal probado y manifiesto; si la carta del apóstol no hubiera producido la «tristeza que es según Dios» y el arrepentimiento (véase 2 Corintios 7:11); si **no** hubiera despertado un santo celo para quitar al malo de entre ellos? Pablo, ¿la habría seguido llamando “la iglesia **de Dios** que está en Corinto”, reconociéndola como una asamblea de santos en donde el centro era Jesús (Mateo 18:20), “el que es santo, el que es veraz”? ¡Esto habría sido imposible! La presencia del Señor, y por consiguiente su Mesa, no se encuentra donde se niega la santidad que conviene a la casa de Dios, donde no quieren hu-

millarse, ni separarse de la iniquidad. Eso nos muestra, una vez más, que la mesa del Señor no solo está vinculada con la posición de los creyentes, sino también con su fidelidad en la marcha o conducta.

Volver a “lo que era desde el principio”

¿Qué es lo que llevó –a partir de 1830 (en el tiempo del Despertar)– a nuestros amados hermanos a salir “fuera del campamento” de la cristiandad? ¿No era para salir hacia Cristo, llevando su vituperio? (Hebreos 13:13). El Espíritu de Dios les abrió los ojos en cuanto a la verdadera naturaleza de la Asamblea, cuerpo de Cristo, verdad olvidada durante largo tiempo, y que nos es presentada en la “mesa del Señor”. ¿Y qué debían hacer tras obedecer al mandamiento divino de apartarse de toda iniquidad y purificarse? (véase 2 Timoteo 2:19-22); ¿fundar una nueva iglesia? No, eso tan solo hubiera aumentado la confusión existente y los hubiera dejado sobre la arena movediza de las opiniones y organizaciones humanas. Solo les quedaba un camino: volver a **“lo que era desde el principio”**.

Hacía falta humillarse profundamente en cuanto a la ruina general, reconocer con gratitud la inmutable verdad de Dios y volver a colocarse sobre el fundamento que él estableció en Cristo. Sus pensamientos nunca han cambiado, aunque la unidad del Cuerpo (tal como nos es representada en la mesa del Señor) haya sido perdida de vista desde los tiempos apostólicos.

Es posible que, en este orden de cosas, la mesa del Señor nunca haya dejado de existir. Tal vez a través de los siglos, algunos creyentes, en forma aislada, se percataron del significado de la misma. Incluso, puede ser que algunas “manadas pequeñas” se reunieron en torno a Cristo, según el referido pasaje de Mateo 18:20 y realizaron por la fe la preciosa verdad de 1 Corintios 10:17, aunque la historia de la Iglesia no lo menciona. De los cristianos de aquel entonces, no nos ha llegado cántico alguno expresando **la adoración colectiva al Padre, por parte de la familia de Dios reunida alrededor del Señor Jesús**. Fue solamente en la primera mitad del siglo 19 cuando –mediante la poderosa obra del Espíritu de Dios– hubo un retorno a las verdades conocidas por los cristianos primitivos, las cuales inspiraron himnos de adoración colectiva.

Unos pocos creyentes –cuyas conciencias Dios despertó– empezaron a reunirse en el nombre de Jesús. Así han vuelto a celebrar la cena del Señor sobre la base que Dios requiere, es decir, por un lado recordando la muerte del Señor y anunciándola; por otro lado proclamando, asimismo, la unidad del Cuerpo de Cristo. Como antiguamente, en tiempos de Esdras, “colocaron el altar del holocausto sobre su antigua base” (Esdras 3:3); o como en tiempos de Moisés, volvieron a celebrar la Pascua

“ En el lugar que escogiere Jehová tu Dios para hacer habitar allí su nombre (Deuteronomio 16:6).

Obtuvieron así la aprobación de Dios, quien reconoció y recompensó su fidelidad de modo maravilloso.

¡“Retén firme lo que tienes”!

¿Acaso volveríamos poco a poco a lo que nuestros padres o nosotros mismos, hemos abandonado por ser malo? ¿Nos inclinaríamos hacia lo que **no** está establecido sobre «el firme fundamento de Dios»?

¡Que Dios nos anime a ser fieles y a mantenernos firmemente ligados a los principios divinos, a los cuales –en su gracia– nos hizo solícitos en estos últimos días! ¡Ojalá lográsemos, separados de todo mal, caminar con corazones **anchos** en la senda **estrecha** de la verdad! ¡Que él nos guarde de todo espíritu de partido, de todo sentimiento sectario, para aceptar a la mesa del Señor a todo creyente sincero, sano en la doctrina y en la marcha; aun cuando todavía no esté instruido en toda la verdad! ¡Guardémonos de poner a la mesa del Señor límites más estrechos que los que el mismo Señor ha establecido!

Y con la misma prudencia, ¡cuidémonos de creer que la presencia del Señor y su Mesa se hallen **en todas partes**, en todas las iglesias y denominaciones de la cristiandad! Semejante pensamiento nos expondría a tener nuestra visión espiritual completamente oscurecida y volvería infaliblemente a conducirnos –tarde o temprano– dentro del “campamento” que hemos abandonado, no por orgullo espiritual, ni por motivos personales, sino por **obediencia al Señor**. Además, dicha idea está en contradicción abierta con Mateo 18:20, 1 Corintios 10:15-22, Hebreos 13:13 y con otros pasajes de la Palabra de Dios.